

NO HAY TAL LUGAR

En Texas, donde viví seis años, asistí a disciplinadísimas marchas muy pequeñas, que no sólo se llevaban a cabo sobre las banquetas sino que también tenían horarios muy específicos, para apoyar la amnistía de ciudadanos salvadoreños. Luego, con amigos de Veterans for Peace o del SWP, íbamos a cafecitos de la calle de Montrose con nombres tan singulares como La Jaliciense o, si era un poco más tarde, al Valhalas, el bar de la Universidad de Rice donde la cerveza costaba 50 centavos y la compañía, siempre diversa y siempre inesperada, era completamente gratis y completamente amena. Ahí discutíamos, en todos los acentos posibles y en algunos con toda seguridad imposibles, las políticas de Reagan y, blandiendo el número más reciente de *The Nation*, esgrimíamos airados argumentos sobre la Contra o la situación, bastante precaria, de los programas de educación bilingüe.

Leía el *Utne Reader*. Leía *The Revolutionary Worker*. Leía *Granta*.

Salía muy seguido a caminar por unas calles bordeadas de encinos con una tía que había participado en las movilizaciones chicanas de los sesenta y que había viajado a Cuba y a China cuando ninguna de las dos cosas estaba ni de moda ni permitida y que, después de pasar un par de días en la cárcel por defender su librería de un ataque del Ku Klux Klan, había aumentado su expediente en la FBI. Enrollaba mis propios cigarrillos. Tomaba clases entonces con profesores que habían

militado activamente en los sesenta y que se referían a sí mismos, quién sabe si consecuentemente, como gringos. Andaba mucho en bicicleta. Cuidaba un perro.

Leía el *New York Review of Books*. Leía a Audrey Lorde. Leía a Camilla Paglia. Leía a Alice Jardine.

Un día a la semana daba clases de español en Pueblo to People, una cooperativa independiente que se dedicaba a importar productos artesanales de Latinoamérica a maestros de primaria, feministas sin brassiere, miembros de bandas postpunk cuyos hijos respondían a

nombres como “Tomatoes”, sindicalistas con título universitario, parejas de bienpensantes que iban cada año a observar pájaros a Costa Rica, latinos que sabían hablar pero querían aprender a escribir en español, ex integrantes del WWP con planes de pasar un año entero en Bolivia. Esos mismos alumnos me invitaban a fiestas temperamentales donde parejas de judíos con nicaragüenses o blancos de San Francisco con negras de Alabama, o mexicanas con *as-gringo-as-you-can-get* atacaban con similar pasión la política internacional del parti-

MY OWN PRIVATE UNITED STATES

CRISTINA RIVERA GARZA Había leído a Kerouac y había leído a Ginsberg, y había leído, sobre todo, a Corso. Había leído a Diane Di Prima. Alguien me había regalado un libro de Ferlinghetti. Había leído *Naked Lunch* y *Cities of Red Night*. Había leído a Cassidy. Leía con regularidad a Chomsky. Ya había quedado prendada de Susan Sontag. Eso era, para mí, Estados Unidos.

do republicano sin augurarle nada mejor ni al país ni al mundo con los demócratas. Leía por horas enteras periódicos del siglo XIX tratando

miembros, por cierto, siempre portaban cachuchas con lemas a favor de la Nicaragua sandinista, en el Fitzgerald's, o jugando billar en el

las secretarías, los empleados, los dependientes, los transeúntes respondían en español, acentuado ciertamente, es decir, no en el original, pero en español al fin y al cabo. Pensaba.

Leía a Butler. Leía *The Guardian*. Leía a Gilbert Joseph. Leía a Susan Kellogg. Leía a Freizer.

Pensaba.

Se trataba de un país, entonces, donde se podía leer y vivir y pensar. Se podía desvariar, diferir, utopiar.

Y sabía, por supuesto, que alrededor de ese mundo que era mi mundo, alrededor de ese país que era mi país o la versión privada de mi país, se encontraban, verídicos y verdaderos, todos los procesos sobre los cuales leía y discutía y comentaba críticamente: la pobreza, la discriminación, el sexismo, la muerte. Lo sabía, digo, pero no lo comprendí hasta que no presencié, con todo conocimiento de causa, una marcha sorprendentemente numerosa que avanzaba, con la lentitud que da a veces el poder, no sobre la banqueta, como lo hacíamos nosotros en disciplinadísimas marchas muy pequeñas, sino sobre el centro de la calle misma, su columna vertebral, su plexo. No comprendí que se trataba de mi Propio Texas Privado hasta que no observé el brillo angular de los ojos que se asomaban a través de los agujeros de los gorros puntiagudos y blancos del Ku Klux Klan.

Todo esto de finales del siglo XX, por supuesto. Todo esto en mi propio *life time*.



de encontrar a los hispanos que desesperada y gustosamente buscaba para el *Retrieving the Hispanic Heritage in the United States* —un trabajo de medio tiempo.

Leía a Angela Davis. Leía *Z Magazine*. Leía a John Hart. Leía a Américo Paredes. Leía *Mother Jones*.

Los domingos asistía a una reunión de feministas de todas las edades y todos los colores en los recintos iconofálicos de la iglesia unitaria para terminar oyendo blues, horas más tarde, en el Reddie Room o poniéndole una atención desmedida a la lírica descarnada de las canciones de Uncle Tupelo, cuyos

Kipling's, un barecito de barrio donde tocaban amigos de amigos que entre rola y rola salían a los callejones adyacentes para fumar un poco de marihuana. Caminaba mucho. Utilizaba el transporte público. Tenía una bandera roja y otra nacionalistamente tricolor a la entrada de una vieja casa de madera que no gozaba ni de calefacción ni de aire acondicionado. Comía alimentos orgánicos que usualmente compraba en tiendas vietnamitas o árabes o tailandesas. Cuando saludaba decía “buenos días” —en español, el original. Y los chóferes de autobuses,